

## CAPITULO VII

LO QUE IVANA, ROULETABILLE Y LA CANDEUR ENCONTRARON EN LUGAR DEL ESQUELETO

ROULETABILLE, en efecto, para llegar hasta Ivana, había sido extrañamente ayudado por las curiosas peregrinaciones de aquel esqueleto. Había encontrado, gracias a él, expedito el camino. Tan servicial era el esqueleto, que, como si presintiese las necesidades de Rouletabille, había atado a uno de los barrotes la cuerda que le había servido para escaparse del calabozo.

El repórter, sin perder tiempo en el esclarecimiento de tan prodigioso misterio, porque estaba dispuesto a no asombrarse de nada desde que había puesto el pie en el fantástico Castillo Negro, se había dejado ir a lo largo de la cuerda y había echado a correr por la estrecha cornisa que, sobre el torrente, bordeaba los muros del Sudoeste hasta el recinto del *haremlík*.

El estudio rápido, pero profundo, que había hecho de la *Karakulé* en ocasión de sus últimos paseos por los patios y por los tejados, le permitía moverse con seguridad por aquel laberinto de piedras, le había revelado una abertura enrejada que daba por una parte, a poca altura

de la cornisa, a las rocosidades, y por otra, aproximadamente, a los jardines de invierno del harén.

Eso le había inspirado la idea—cuando el camino de los tejados no pudo ya serle útil a consecuencia de la fuga y de las revelaciones del señor Priski—de penetrar en el harén utilizando la ventana del calabozo subterráneo que anteriormente recibía luz por encima de la cornisa.

Esta se hallaba formada, como ya hemos dicho, por las rocas que daban al torrente, puesto que los muros de la *Karakulé* habían tenido que ser levantados ligeramente hacia atrás a causa de lo socavadas que estaban las rocas en la parte inferior por las furiosas aguas del torrente bajado del Estrandja-Dagh.

Rouletabille, después de haber dado la vuelta a la tercera torre del Sudoeste, se vió casi a la altura de la abertura enrejada que daba al *haremlík*. Y ¡qué casualidad!: la reja había sido quitada y luego colocada sencillamente, con lo cual Rouletabille no tenía más que levantarse a pulso y empujar la reja para encontrarse, como se encontró, en una tronera, desde donde fácilmente se podía ver todo lo que pasaba en aquella parte del harén.

Y ¿qué pasaba? Nada. Frente a él estaba la gran piscina de invierno que servía para los baños de las *hanums*, pero que en aquel momento estaba solitaria.

Todos los moradores del harén—mujeres y eunucos, *kadinas*, *odaliscas* y esclavas—estaban en aquel momento en los jardines, patios y terrazas, entretenidos por los fuegos artificiales.

Rouletabille, al darse cuenta de la feliz coyuntura, saltó a una inmensa estancia lujosamente pavimentada por las piedras más raras, donde murmuraban los surtidores de agua cayendo en lluvia perfumada en albercas, con

arreglo a una arquitectura que en nada ha variado desde *Las mil y una noches*.

De allí pasó a una especie de guardarropía, donde estaban colgados velos y vestidos de mujer, *feradje* y *yalmaks*, que sin duda pertenecían a las invitadas a la boda y que habían sido dejados provisionalmente allí, hasta que llegara la hora de marcharse.

Saltar hacia aquellas telas preciosas, envolverse en un *feradje* y cubrirse la cara con el *yalmak*, fué para el repórter cosa de un instante.

Semejante disfraz serviría maravillosamente a Rouletabille en aquellos momentos en que la noche empezaba, y, sobre todo, en una fiesta que había atraído numerosas mujeres desconocidas, esclavas y eunucos.

El joven, efectivamente, vagó por todas partes, por el interior y por los patios, sin ser atajado ni una sola vez por pregunta alguna, cuya contestación, por cierto, le hubiese puesto en grave aprieto.

Así había podido acercarse a los aposentos de la nueva kadina favorita y entrar en la cámara del ajuar sin ser distinguido por dos eunucos que tenían el encargo de vigilar el vestíbulo, pero que estaban asomados a una ventana para disfrutar del espectáculo. Una vez allí, empujando una puerta, vió en el fondo de un cuarto, donde habían dejado las maravillas del *aski* nupcial, el cofrecillo bizantino que *aquella misma noche tenía que ser llevado a la habitación de Ivana*.

Llegar hasta allí, forzar la cerradura, abrir el cofre y arrojarse dentro al oír ruido en la cámara del ajuar... ¡eso había sido el plan del repórter, tan pronto realizado como concebido!

Ahora bien: era jugarse el todo por el todo, incluso la vida de Ivana y la suya.

¿No había corrido muchos peligros? Y ¿no había escapado milagrosamente de ellos? Además, desde hacía una hora, todo parecía salirle bien y *ayudarle en sus pasos y gestiones*. Todos los obstáculos habían desaparecido oportunamente ante él, que ya no desesperaba de triunfar.

Sin embargo, el rumor que había oído y que le había hecho suponer que iban a buscar el cofrecillo, no tuvo continuación. Y quedóse allí dentro, resollando, sudando, casi ahogándose, levantando de vez en cuando la tapa para respirar. Y allí dentro estuvo más tiempo del que hubiera deseado.

Cuando ya comenzaba a perder la paciencia, oyó, efectivamente, que se aproximaban los criados... Y lo levantaron. ¡Qué terrible emoción! ¿Encontrarían el cofrecillo muy pesado?... ¡No, no!... El traslado se hacía normalmente.

Ya le dejaban nuevamente en el suelo... Oyó la voz de Gaulow. ¡Y también oyó la voz de Ivana!

Ahora que ya sabemos el camino seguido por Rouletabille, vamos a buscarle en el camino por donde se lleva a Ivana, en aquella cornisa que lleva a los dos fugitivos hasta el torreón.

En aquel momento era el castillo entero una batahola de clamores y llamamientos. Resonaron las trompetas. De todas partes salían disparos. El deslunado despedía un enorme estruendo. Corrían los soldados por las murallas. En lo alto de las torres eran encendidas hogueras que lanzaban siniestros resplandores en la noche oscura, en la noche atormentada por las fragorosas aguas que bajaban de las sierras.

¡Cuánta prisa tenían que darse Ivana y Rouletabille para llegar a su refugio!... Ya estaban junto a la ventana

del calabozo... La cuerda continuaba allí... Subieron hasta la abertura... Rouletabille hizo pasar a Ivana delante... ¡Salvada!... ¡Estaba salva!... Así, al menos, lo creía él... Y lo estaría, si el torreón resistía el ataque formidable que desarrollarían todas las fuerzas de la *Karakulé*, conducidas al combate por Gaulow, furioso a causa del rapto de Ivana.

Muchas cosas había hecho Rouletabille... Pero ¿cuáles no haría aún, ahora que tenía a Ivana y poseía por fin el inviolado secreto del cofrecillo bizantino?... Su programa, en efecto, estaba próximo a cumplirse. Le había arrebatado la preciosa presa a Gaulow, y sabía que Gaulow ignoraba por completo los planes de movilización, ¡los planos, que estaban intactos en el fondo del cajón!

¡Lo único que le quedaba por hacer era avisar al general Stanislawof, llevar la noticia a quien la esperaba con su ejército detrás del Istrandja-Dagh!

Pero ¿por quién lo haría saber? ¿Quién sería su mensajero, ahora que Atanasio había desaparecido? En cuanto a él, estaba decidido a no abandonar a Ivana. Y, personalmente, los documentos búlgaros no le interesaban más que si fueran documentos turcos. Pero, de todos modos, era una dificultad inesperada, que iba a ponerse de manifiesto en seguida, y de la cual no recelaba Ivana, la cual suponía con júbilo que mientras ella, con su presencia, refendría alrededor del torreón a Gaulow y a sus soldados, empeñados en no dejarla escapar, el portador de la buena nueva, o sea Atanasio, del cual nadie se ocuparía, pasaría la frontera disfrazado de mulero y traería consigo el ejército...

Ivana sólo pensaba en eso...

¡No se le ocurría darle las gracias a Rouletabille, que acababa de hacer tantos milagros!

Apenas bajaron sanos y salvos al calabozo; apenas entraron en la paz subterránea, luego de haber escapado a la espantosa tormenta que contra ellos se había declarado en el exterior, Ivana le preguntó con ansia:

—¿Y Atanasio?... ¿Dónde está?... ¡Es preciso que parta en seguida!... ¿No me dijiste que tenías un medio seguro para que saliera de aquí?... ¡No se puede perder un minuto!

Rouletabille no respondió de buenas a primeras. Hasta parecía un poco molesto.

¡Ni unas palabras de gratitud! ¡Ni un beso!...

¡Sólo pensaba en Atanasio!

En eso Rouletabille era injusto, porque sobradamente sabía por qué pensaba en Atanasio. Pero, de pronto, contestó casi con alegría:

—¡Atanasio ha muerto!

—¿Ha muerto?—repitió ella con voz ronca—. ¿Ha muerto Atanasio?

El otro callaba.

Y ella le gritó:

—¿Estás seguro?

—Seguro, no—respondió buscando por el suelo, a tientas, su lamparilla, y escuchando curiosa y anhelantemente la emoción y el estremecimiento de la joven en el fondo de las tinieblas—. No estoy seguro; pero para el caso, como si lo estuviese... ¡Ha desaparecido tan absolutamente hace veinticuatro horas, que no puedo explicarme su desaparición más que por la muerte!... De todas suertes, no podemos contar con él.

—Entonces, me iré yo—murmuró Ivana, cuya agitación parecía estar en el colmo.

—¡Imposible!... Si quieres que el mensaje no llegue nunca al general... ¡no tienes más que ir tú!

—¡Ah!... ¡No sabes lo que soy capaz de hacer!

—¡Oh!—gruñó el otro, malhumorado, buscando con tesón la lamparilla...

—¡Sólo viajaré de noche!

—Para que el mensaje llegue a tiempo hay que viajar de noche y de día sin que le estorben a uno... como lo hubiera hecho Atanasio disfrazado de mulero.

—¡Ay, Rouletabille!... Si él podía realizar esa tarea, ¿por qué has dejado que muriese?

—¡Oh, qué cosas!—exclamó Rouletabille.

Y levantando la cabeza con suma irritación, agregó:

—¿Todo eso es lo que se te ocurre decirme?

—Perdóname — dijo ella, súbitamente suavizada—.

Pero ¿cómo nos vamos a arreglar?

—¡Ya veremos!... Tenemos a nuestro *katerdjibaschi*, nuestro jefe de muleros, y a Vladimir.

—¿Quién es Vladimir?

—Mi secretario...

—¿Has traído aquí a tu secretario?

—Sí. Ya te lo presentaré... Conoce todas las lenguas del Istrandja-Dagh y es muy despejado... ¿Ves? No estamos completamente apurados. Todo se arreglará... Pero déjame que respire un poco y que encienda luz... ¡No sé dónde he dejado mi lamparilla!

Se inclinó... Palpó... Pasó las manos por la pared... Movié una cadena... ¡Oh! ¿Qué notó bajo su mano?

¡Dió un salto en la oscuridad!

—¡El esqueleto!—gritó—. ¡Ha vuelto el esqueleto!...

—¿El esqueleto? ¿Qué esqueleto?—preguntó Ivana, trastornada también por el trastorno ajeno.

—He tocado un cráneo con mi mano... Había un esqueleto encadenado... No hace mucho se marchó... ¡Y ahora ha vuelto!...

—¡Rouletabille!—dijo Ivana con mucha gravedad—. Vas a volverte loco.

—Tienes razón—respondió él, procurando reír—. No sé dónde estoy. ¡Ah! ¡Ya tengo la lamparilla!... ¡Vamos a ver qué pasará!...

Se irguió con la dichosa lamparilla, disponiéndose a encenderla, cuando la puerta del calabozo se abrió y se cerró con fuerza irresistible, casi al mismo tiempo que una sombra se echaba a sus piernas brutalmente. Simultáneamente una formidable explosión conmovió toda la *Karakulé*.

Por las exclamaciones lanzadas se conocieron Rouletabille y La Candeur.

—No temas, Ivana—dijo en seguida el repórter—. Es que mi amigo La Candeur acaba de volar varias murellas para protegernos de toda sorpresa.

Y en las tinieblas presentó a su colaborador.

—¡Por lo visto—pensó la joven—se ha traído a toda la redacción del periódico!

Y continuó la conversación.

—¿Sabes que el esqueleto ha vuelto?—dijo Rouletabille.

—¡Imposible!—contestó La Candeur.

La lamparilla fué encendida luego de apagarse. Y los dos jóvenes se inclinaron sobre el esqueleto.

—¡Caramba!—exclamó Rouletabille—. ¡Ha engordado!...

Y quedaron estupefactos ante un cuerpo de hombre tendido en el mismo lugar en que antes se encontraba el esqueleto y que, como él, tenía el anillo de hierro en el tobillo. Estaba fuertemente atado y amordazado con una tela muy manchada de sangre, que le cubría completamente la cara.

—He aquí la más curiosa aventura de cuantas nos han sucedido—declaró Rouletabille pensativo—. ¿Qué será todo esto?

Y, acercando la lamparilla a la cabeza, quitó la tela. De las tres bocas escapó el mismo grito:

—¡Gaulow!...

Era, sí, Gaulow; su cuerpo, vestido de negro, el espadón al lado... Le habían atado, pues, a pesar de su espada de dos filos, de su mandoble de verdugo, que no había podido utilizar. Al momento se comprendía la causa de que no hubiera podido defenderse. La sangre, que le cubría el rostro y que causaba tan terrible impresión, procedía de una herida hecha en la cara con un instrumento contundente. Gaulow había sido seguramente abatido por sorpresa, aunque no muerto, porque, gracias al resplandor de los rayos de la lamparilla, no tardó en abrir los ojos. Pero en seguida los volvió a cerrar, espantado.

Una furia—Ivana—se lanzó hacia él, le hundió los dedos en la garganta y le escupió al rostro toda clase de injurias y la expresión de su terrible odio.

Como una fiera, ensangrentaba sus uñas en aquella presa. Al ver cómo avanzaba su mandíbula, de una manera repugnante, hasta cerca de Gaulow, se hubiera dicho que iba a comérselo.

Rouletabille, al ver la escena lamentable que constituía Ivana encarnizándose con aquel ser medio muerto, retrocedió, se apoyó en el muro y volvió la cabeza.

Menos repulsión le hubiera dado un perro que devorase un cadáver.

Por un momento llegó a creer que ya no podría querer nunca jamás a Ivana, ya descendida de la categoría de persona.

Y fué preciso, para reponerse de semejante sentimiento, que a los gritos roncós y a las sílabas incomprensibles sucediesen las frases terribles de una requisitoria angustiosa que resucitaba el pasado tan criminal de aquel hombre.

Ivana parecía sacar del fondo de las tinieblas, para echárselos encima, los cuerpos de sus víctimas, las entrañas colgantes de los desdichados a quienes había desgarrado el vientre su sable de rufián, los fantasmas acribillados de heridas que el bandolero del *Istrandja-Dagh* había mandado a los infiernos. Y hacía que le gritasen, entre estertores, las últimas maldiciones. ¡Cómo gemía Irene, la hermanita que murió ahogada en el Bósforo, dentro de un saco de cuero! Y finalmente, Ivana recordaba al monstruo las súplicas de la madre genuflexa, a la que él hería sin compasión.

Entonces, Rouletabille, acordándose de que Ivana, varios minutos antes, tenía bastante dominio de sí misma para permitir que aquel hombre juntara sus labios con los de ella, porque en eso estribaba quizá la salvación de la patria, le perdonó su arrebató feroz y sus devoradores gestos de lobezna.

¡A ver si llegaba a la locura a causa de tan prodigioso e inesperado cambio! Ivana tenía vencido, a su disposición, a aquel Gaulow que poco antes hablaba como dueño y señor. ¡Y podía hacerle todo cuanto quisiera! ¡Todo! No se preguntaba cómo habían ocurrido las cosas ni qué ejecutor de los altos designios providenciales había llevado al calabozo a aquel cuerpo aborrecido con el cual podía ahora hacer cuanto quisiera.

Estaba en una crisis de llanto, durante la cual pronunciaba sin cesar el nombre de la madre asesinada. De pronto, se abalanzó al puño del espadón, y, tirando con

ambas manos, consiguió sacarlo enteramente de la vaina.  
—¡Voy a cortarte la cabeza, Gaulow!—dijo levantándose—. Y si no lo consigo al primer golpe, insistiré cuanto sea preciso.

Gaulow tenía a la sazón desencajados los ojos de puro abrirlos. Era fácil adivinar que el miedo los poseía, quizá por primera vez en su vida.

Nada podía salvarle de aquella furia vengadora. Y un rictus horrible contrajo su cara, que tan hermosa había sido.

La Candeur cayó de rodillas.

Rouletabille no decía palabra ni hacía un gesto para detener o suspender aquella ejecución. Se daba perfecta cuenta de que no le sería perdonada jamás una frase de compasión pronunciada entonces, ni un movimiento de generosidad o de retroceso con motivo de tal venganza.

Ella le cogió de la mano la lamparilla, que él cedió con docilidad. Y la dejó no lejos de la cabeza de Gaulow. El cuello se presentaba sin estorbos, desnudo, incitando a la hoja del espadón.

Y ya levantaba éste, cuando, como caídas del cielo, sonaron estas palabras:

—¡Espere, Ivana, que voy a ayudarla!

Todos alzaron la cabeza.

—¡Atanasio!

Sí; era Atanasio, que se escurría por el ventano del calabozo, diciendo:

—Por un poco me mata la explosión. Todo el basamento de la segunda torre del Sudoeste ha cedido, por lo cual se ha derrumbado toda la torre. Ha estado en un tris que no me sepultaran los escómbros cuando llegaba a la cornisa.

Y saltó al calabozo.

—¡Oh, Ivana!—dijo hablándole con sumo respeto—. Yo la buscaba todavía en el harén. Pero ¿está aquí? Habrá encontrado a Gaulow, ¿eh?... ¿Le gusta el regalo que le he hecho?

—¿Ha sido usted quien ha aprisionado a Gaulow?—preguntó Rouletabille—. ¡Veo que mientras nosotros le suponíamos muerto, no perdía usted el tiempo!

—Démonos prisa—repuso Atanasio—. ¡Qué descontento hay arriba! Todo el mundo busca a Gaulow. Su desaparición les ha vuelto locos... Acabarán por figurarse que nos lo hemos llevado nosotros. ¿Está el torreón a propósito para defenderse?

—Sí—dijo Rouletabille.

—Por la parte de la cornisa estamos protegidos—explicó Atanasio—, gracias al derrumbamiento de la segunda torre, porque el torrente, al encontrar un obstáculo, se ha subido por la cornisa... Luego de estar a punto de ser aplastado, he estado a punto de ahogarme. ¡Acabemos de una!...

Mientras tanto, Ivana había retrocedido, poniéndose fuera del alcance de la lamparilla. Apenas se distinguía su silueta apoyada en el espadón. Y cuando Atanasio se inclinó hacia Gaulow, sin duda para colocar mejor la cabeza, dijo Ivana con voz extrañamente cambiada:

—¡Atanasio!... Déjame a mí el cuidado de la venganza. En estos momentos tenemos que cumplir un deber más sagrado. Tenemos la seguridad, porque lo hemos visto, de que los documentos no han sido tocados. ¡Ni tan siquiera se sospecha la existencia del cajón secreto! Y hay que partir en seguida, Atanasio. Es preciso que dentro de veinticuatro horas haya pasado la frontera del Norte.

—¡Bueno!—contestó Atanasio luego de reflexionar

unos instantes ante Ivana, silenciosa—. ¡Bueno! ¡Partiré! Pero me hubiera gustado también cortarle el cuello...

Y señalaba a Gaulow, tendido en el suelo.

—¡Ya lo hará a la vuelta, amigo mío!... ¡Le esperamos!

—¡Si es cosa de poco tiempo!... Déme esa espada, Ivana... ¡Ya verá!...

Ivana retrocedió de nuevo.

—Le aseguro que esperaremos su vuelta... ¡Váyase!... Procuraremos resistir todo el tiempo que sea preciso. ¡Aprisa!... A Gaulow no le mataremos en seguida. Nos servirá de rehenes. ¿Comprende?

Atanasio, al principio, no contestó. Era evidente que con su mirada procuraba atravesar las tinieblas para «conocer» el rostro de Ivana en aquel preciso momento. Pero le fué imposible verlo. Nadie le veía. Su cara estaba sumida en la obscuridad, su voz parecía mentir.

Rouletabille pensaba:

—La cosa está clara. Quiere matarlo ella sola. Por eso despide a Atanasio.

Este, luego de varias vacilaciones, dijo de manera muy extraña:

—No le matará en seguida, no!... Al fin y al cabo, quizá tenga razón al decir que puede servirle de rehenes... ¡Me marchó!

Rouletabille, desde el momento que vió a Gaulow en el calabozo, había pensado que serviría excelentemente de rehenes. Pero al ver a Ivana hecha una fiera, creyó que sería imposible arrancarle la presa... ¡Y ahora era ella la que hablaba de rehenes!...

Atanasio, que sólo pensaba ya en su partida, se arreglaba los harapos, pues, como ya hemos dicho, vestía como el más pobre de los *katerdjibaschi*.

—Sólo podrá marcharse por el torrente—le dijo Rouletabille—. No se puede por la parte del torreón, que está vigilada, ni por el lado del precipicio, al Oeste, que es por donde yo quería que bajara...

Atanasio repuso fríamente:

—No me asusta el torrente, sobre todo ahora que las aguas se han desbordado a causa de la presa formada por la caída de la segunda torre. Antes he visto ya por dónde podría pasar, dónde podría atracar... La noche es obscura; llueve a raudales. ¡El éxito es seguro!

—Es preciso—afirmó Ivana—que tengamos esa seguridad, porque si muriese al atravesar el torrente, saldría otro...

Y Rouletabille añadió:

—Sólo podemos salvarnos si usted sale rápidamente con bien. Intentaremos resistir tres días o, a lo sumo, cuatro. Y ello parlamentando gracias a los rehenes. (Con estas palabras pensaba inculcar más profunda y seriamente la idea de los rehenes en el ardiente cerebro de la joven.) Antes de penetrar en Bulgaria puede darnos noticias de usted. Desde lo alto del torreón se distinguen los confines del país de Gaulow. ¿Se acuerda de aquella cumbre que le señalaba yo el otro día, de aquella cumbre que dominaba el desfiladero por donde yo me figuraba que llegarían los ejércitos búlgaros?... Pues bien: si ha conseguido atravesar sin dificultad el país de Gaulow, suba a esa cumbre, que en fin de cuentas le viene a mano, y háganos una señal atando un pañuelo blanco a cualquier palo... Tengo unos gemelos muy buenos... Los veremos... Caminando toda la noche, llegará allí a eso del mediodía...

—De acuerdo—contestó Atanasio—. Pero les advierto que tengo hambre. No he probado nada desde hace vein-

ticuatro horas. ¡Si pudiera llevarme un cacho de pan! —¡Corre a la cantina!— ordenó Rouletabille a La Candeur—. Y dile a Vladimir que te dé dos «almuerzos del ciclista». Tráelos en seguida, ¿eh?

La Candeur desapareció.

—¿Quiere armas?— preguntó Rouletabille.

—¡No! Aunque las he perdido, conservo mi cuchillo, que es lo que necesita un pobre mulero...

—¿Con ese atavío ha podido entrar en el harén?— preguntó el repórter.

—Sí. ¿Y usted?

—¡Oh! ¡Me disfracé de mujer!

—Pues yo— siguió diciendo Atanasio— estuve escondido por los tejados hasta que se hizo de noche. Entonces, a gatas, conseguí llegar al *haremlík*. Por un poco me mató al dejarme caer a los jardines desde una altura de diez metros, porque la cuerda que yo llevaba era muy corta. Afortunadamente, no me herí, pero maté a un eunuco, cuyo cuerpo apenas tuve tiempo de ocultar en una ventana. Conseguí después llegar a la piscina. Y para reservarme una retirada en el caso de que consiguiera salvar a Ivana, luego de matar a Gaulow, arranqué la reja de una ventanita que daba a la cornisa del torrente... ¿A que usted ha entrado en el harén por esa ventana?

—¡Es verdad!— dijo Rouletabille—. Me ha extrañado encontrar el camino tan expedito...

—Asomando la cabeza— continuó Rouletabille—, vi la cornisa y se me ocurrió que por allí podía llegar hasta el torreón. Para convencerme, bajé a la cornisa y llegué hasta ese ventano que, a juzgar por la disposición del lugar, daba al calabozo que nos había enseñado Priskí. Los barrotes estaban encajados en una piedra medio carbonada por el musgo. Así es que no me costó mucho

arrancarlos... Luego, para apurar la comprobación, me metí en el calabozo. Al ver el esqueleto prisionero se me ocurrió, precisamente por el deseo que tenía de ofrecerle Gaulow a mi querida Ivana, la idea de libertar al esqueleto con la esperanza de que tal vez pudiera sustituirle por ese respetado señor...

Y volviéndose hacia la joven, que no había salido de la más profunda sombra, dijo:

—Mi éxito ha superado todas las esperanzas, puesto que el esqueleto está ahí al lado y usted puede hacer con la cabeza de Gaulow cuanto le plazca...

Las sombras movieronse como estremecidas donde estaba Ivana; y mientras tanto, el repórter pensaba:

—¿Qué misteriosa historia será ésta?

Y ya en voz alta, preguntó de pronto:

—Pero ¿cómo se ha apoderado usted de Gaulow?

—Una vez preparado el calabozo adonde yo había decidido llevarle, muerto o vivo, rehice en sentido contrario el camino ya recorrido y volví a entrar en el harén luego de haber vuelto, como la primera vez, a disimular en la ventana del cuarto de la piscina. Por las conversaciones sorprendidas en los jardines me enteré de dónde se encontraba la alcoba nupcial. Sin embargo, para no ser sorprendido por dos eunucos armados hasta los dientes, tuve que preparar a una pequeña terraza, por la cual se había de pasar para entrar en el vestíbulo que llevaba a dicha alcoba. La terraza tenía balaustres y adornos, entre los cuales conseguí ocultarme. Allí encontré un completo surtido de enseres para jardineros u obreros. Allí, pues, encontré la maza con que había de derribar a ese bandido, el cual, varias horas más tarde, salía del aposento nupcial, se dirigía a los jardines, sin duda para tomar aire, y, luego de haber hecho volver a las habitacio-



nes a los dos guardianes, se dirigía precisamente a mi terraza, mirando a todas partes por si le veían y con propósito que no me entretuve en dilucidar...

»Gaulow cayó bajo mi golpe. ¿Había muerto? ¿Estaba vivo? No gasté el tiempo en averiguarlo. Arrastré tras de mí aquel ser inerte, volví a atravesar la estancia de la piscina, que continuaba desierta; bajé mi carga a la cornisa y la traje sin grandes molestias hasta aquí. Ya está explicado el misterio. Comoquiera que lo eché con cierta violencia desde el ventano hasta el suelo, lanzó un gemido. ¡No había muerto! Le sujeté al anillo y le até con los harapos de mi capa, apresuradamente anudados. Luego, Ivana, *me volví a marchar para salvarla*. Pero el cuanto llegué al harén, una gran gritería me anunció su libertad.

Atanasio, de haber podido ver las facciones de Rouletabille, se hubiera asombrado del grado de asombro que denotaban. Realmente, había para asombrarse. Pero Atanasio no parecía conceder a su relato ningún carácter excepcional. ¡Vaya un hombre, que pretendía querer a Ivana y que, en realidad, solamente se había preocupado de Gaulow!

En aquel momento volvió La Candeur agitando con desesperación sus manos vacías.

—¿Y los «desayunos del ciclista»?—preguntó Rouletabille.

—¡Dice Vladimir que no quedan!  
Rouletabille le espetó a La Candeur:

—¡Miente!

—¡Ah! ¡Yo repito lo que me ha dicho!...

—¡Bueno! ¿Y las conservas M. H.?

—No me habías dicho que trajera conservas M. H.—arguyó candorosamente La Candeur.

—¡Qué idiota eres!—bramó Rouletabille—. ¡Vuelve a torreón!

—¡Déjelo estar!—dijo Atanasio—. Me voy en seguida. Dentro de tres días volveré.

—¡Sí, vaya!—corroboró Ivana—. ¡El hambre le dará alas!... En cuanto a mí, querido Atanasio, no tengo hambre ni sed frente al hartazgo que me ha ofrecido.

Ivana miraba ferozmente a Gaulow, que ya había recobrado completamente el conocimiento y que apoyaba la espalda en el muro. Y añadió:

—¡Gracias, Atanasio!

Atanasio se arrodilló y le besó largamente las manos, mientras Rouletabille sentíase morir.

—¡Hasta la vista, Atanasio!—añadió la joven—. ¡Lleve la buena nueva al general! ¡Y que Dios le acompañe!... Le esperamos, ¿eh? ¡Adiós!

El otro repitió:

—¡Adiós, Ivana! ¡Hasta pronto!

Y subiendo al ventano sin volver la cabeza, se lanzó a la horrenda obscuridad en que hervía el Estrandjagagh.

—¡Ojalá pueda llegar sano y salvo! exclamó Ivana suspirando extrañamente.